

se difundió por su fisonomía; pintaron sus ojos cuanto podían espresar el amor maternal, la alegría llevada hasta el éxtasis y la adoracion infinita; y el alma de María, abandonando sin esfuerzo su vestidura mortal, descansó dulcemente en el seno de Dios.» ¡Ah! el Señor, H. M., ha obrado con María en esta ocasion, como en otras muchas, cosas grandes y admirables: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. En el tránsito de esta excelsa Señora se nos ha enseñado lo que es la muerte. Pensemos como debemos prepararnos para ella.

II.

Al meditar en el Tránsito glorioso de la Santísima Virgen María nuestra dulce Madre, hemos considerado, A. H. M., que la muerte no es otra cosa que el término del tiempo presente, y el paso del tiempo á la eternidad. El pensamiento serio y útil de la muerte es la mejor preparacion para ella; ese pensamiento así caracterizado es el medio mas conveniente y necesario para prepararnos á abandonar este tiempo que llamamos vida, y disponernos á entrar en la vida futura que es la eternidad, para prepararnos, en una palabra, á la muerte.

Verdaderamente, A. M., que debemos pensar con seriedad en la muerte, porque ella es inevitable. No es este uno de tantos acontecimientos de la vida que dependen de las opiniones de los hombres, tan inconstantes y varias, de las combinaciones humanas que suelen salir fallidas, de los recursos que empleamos con harto afan y que llegan muchas veces á hacerse impotentes para llevar á cabo nuestros proyectos. ¡Ah! no; vosotros, y yo, y todos los que existimos actualmente, y los que existirán despues de nosotros, moriremos infaliblemente, como han muerto nuestros padres, nuestros amigos, nuestros conocidos y compatriotas, todos los que no

han precedido en la escena de este mundo que tan rápidamente se varia. El decreto de muerte está dado, es irrevocable, y viene cumpliéndose desde la cuna del género humano: *statutum est hominibus semel mori*. ¿Dónde están si no Salomon y Alejandro, Nabucodonosor y Crespo, Abel y Cain; y en los tiempos modernos, Ignacio de Loyola y Teresa de Jesus, Lutero y Voltaire? Desaparecieron en el sepulcro, sin que les hayan bastado para librarse del golpe de la muerte su sabiduría y su poder, su soberbia y sus riquezas, su inocencia y su iniquidad, su santidad y la perversion de su inteligencia y de su corazon; todos han muerto, y la muerte ha sido y será inevitable tambien para nosotros sin respetar esta la edad ni el sexo, las categorías y las cualidades buenas ó malas de cada uno: *statutum est hominibus semel mori*.

Empero si la muerte fuera solamente inevitable; si no hubiera mas que la soledad del sepulcro despues de morir, como piensan los incrédulos. Mas ¡ay! que esa muerte es tambien irreparable en sus trascendentales consecuencias. El alma, parte mas noble y sublime de nuestro ser, despues de la muerte abandonando el cuerpo, como el navegante abandona el bajel al llegar al puerto, pasa á un tribunal sin apelacion, á un tribunal donde ha de ser juzgada por todos sus actos, y cuya sentencia es irrevocable por toda la eternidad: *post hoc autem judicium*; «despues de la muerte el juicio de Dios.» Inútilmente se pretende entonces reparar las faltas que se han cometido; concluyó para siempre el tiempo que se nos habia dado para poder merecer usando de nuestra libertad auxiliada de la gracia divina. En otros actos de la vida puede haber reparacion por una conducta diversa de la que tuvimos, y que nos causó remordimientos, y de la que nos arrepentimos. Aun antes de la muerte, casi en su misma hora pudiéramos reparar nuestras indiscreciones, y el mal que hubiéramos causado, aunque esto no deja de ser difícil, si no imposible. Pero luego que hayamos exhalado el último

suspiro, ya no ha lugar de volver de la soberbia á la humildad, del vicio á la virtud, del pecado á la penitencia; porque escrito está que «si el árbol cayere hácia el austro ó hácia el aquilon, en cualquier lugar que cayere, allí quedará para siempre;» esto es que llegada la hora suprema de la muerte, nuestra felicidad ó nuestra desgracia han de ser eternas é irreparables: *in quocumque loco ceciderit, ibi erit*. Ved, pues, si el pensamiento serio de la muerte es una buena y provechosa preparacion para ella. Se necesita, sin embargo, que este pensamiento sea eficaz, á fin de que nos ocupemos de él con utilidad huyendo del mal y practicando el bien.

Es imposible, A. H. M., á no ser que haya el hombre llegado á un grado de insensatez inconcebible, que despues de pensar seriamente en la muerte permanezca en la inaccion, y que esas reflexiones que lo han detenido en la carrera de sus ilusiones ó de sus crímenes, no lo impulsen á decidirse á huir de lo malo y á practicar lo bueno, sabiendo que sobre su cabeza vibra la segur de la muerte á la que tiene que prepararse. ¿Qué aguarda, pues, del mundo? ¿qué de sus propias y desordenadas pasiones para detenerse ni un instante siquiera en prepararse para la muerte? ¡Ahl! ¿qué es el mundo, y todas sus locas vanidades, y sus espectáculos, y todas sus mentidas y halagüeñas esperanzas, sino un monton flotante de nubes que se forman, y desaparecen luego, como las ilusiones de un sueño placentero? ¡cuán pronto pasan sus alegrías, sus placeres y sus fascinadoras escenas! como que en él no hay mas que una sombra, una falsa y pasajera imágen de bien: *præterit enim figura hujus mundi*. Luego si es así, como no puede dejar de ser, el pensamiento de la muerte debe desligar á los amantes de ese mundo falaz, rompiendo con sus mentidos goces, y este pensamiento puesto en ejecucion, es un medio fructuoso para prepararse debidamente á la muerte.

Si á la vez reflexionamos con tranquilidad sobre las pa-

siones que agitan incesantemente al corazon del hombre, y que con tanta crueldad lo esclavizan, el pensamiento eficaz de la muerte para neutralizar el empuje vigoroso de estas pasiones viene á ser una buena y útil preparacion para ese trance el mas solemne de la vida. Creedme, A. H.; la muerte es quien desconcierta los mas bien combinados proyectos del hombre, y quien burla los mas fundados deseos de su alma. Pensad, pues, en la muerte, y llegareis á reprimir las necias aspiraciones de la ambicion y la codicia. Entonces esos deseos serán moderados, y esos proyectos no irán mas allá de lo que la religion permite. La muerte es quien establece la igualdad perfecta entre los hombres, porque una misma loza cubre las cenizas del potentado y del mendigo, del ignorante y del sábio, del conquistador famoso, y del pobre y oscuro labriego que deja de existir sobre la tierra en miserable y olvidada cabaña. Pensad en la muerte que nivela todas las condiciones, y vereis como confundís las pretensiones funestas del orgullo, y de la soberbia con que se quiere dominar á los demás. La muerte es la mejor y la mas prudente y la mas desinteresada consejera en las dudas y en los negocios importantes de la vida. Pensad en la muerte; consultadla acerca del uso que debeis hacer de vuestras riquezas, de la eleccion de estado, de vuestra conducta en el ejercicio del cargo, del empleo ú ocupacion que tengais, de la medida y extension de vuestras distracciones, de la práctica de vuestras devociones y ejercicios piadosos; y la muerte acallará la gritería de las pasiones, y os comunicará la calma y la reflexion necesarias en vuestras deliberaciones. La muerte sorprende hasta á los santos, porque su hora es incierta para el hombre. Pensad en la muerte, y desde luego os resolvereis á practicar la penitencia, y á sufrir con santa alegría sus rigores y mortificaciones, porque una muerte á la que no ha precedido la penitencia, es una muerte eterna: *si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis*.

Pensad, en fin, en la muerte, «porque el Señor ha querido que nos sea desconocida la última hora, dice San Gregorio, para que siempre pueda ser esperada, y para que nos preparemos á ella, ya que no podemos preverla:» *ut dum illam prævidere non possumus, ad illam sine intermissione prepareremus*; incertidumbre de la muerte y preparacion para ella que San Agustin ya antes habia advertido cuando decia estas lacónicas palabras: «Oculto es el último dia para que se guarden y observen todos los dias; tarde se prepararon los remedios, si está ya próximo el peligro de la muerte:» *sero parantur remedia, cum mortis imminent pericula.*

En vista de estos testimonios ¿qué mas puedo deciros, A. H. M., sobre una materia tan importante, cual lo es la muerte que en breve esperamos? En el tránsito de la gloriosísima Virgen que segun el orden de estos ejercicios hemos contemplado, hemos aprendido lo que es la muerte. Asistiendo á la de nuestra Madre bendita María, sabemos que es el término del tiempo presente en que desaparece para nosotros todo, absolutamente todo lo que nos rodea, y á la vez es el paso imponente del tiempo presente á la eternidad, á aquella eternidad que con tanta frecuencia hacia esclamar á la enamorada Esposa de Jesus Santa Teresa: «¡qué para siempre! ¡qué sin fin!» pero en el que se decide de nuestra suerte y nuestro destino, porque despues de la muerte se sigue inmediatamente el juicio final: *post hoc autem iudicium.* Además, hemos aprendido cómo debemos prepararnos para esa muerte, conviniendo en que el pensamiento sério y eficaz de ella es una buena preparacion, ya porque la muerte no puede evitarse, y son irreparables sus consecuencias, ya porque ese pensamiento nos hace despreciar al mundo, y reprimir y morigerar nuestras pasiones.

¡Plegue al cielo, A. H. M., que la elocuente enseñanza que acabamos de recibir, contemplando los últimos momentos de nuestra cariñosa Madre María sobre la tierra, sea bas-

tante para inspirarnos en los sentimientos que experimentaba el Apóstol cuando decia: «Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia; tengo deseo de ser desatado de la carne, y estar con Cristo, que me es mucho mejor:» *desiderium habens solvi, et esse cum Christo, multo magis melius.* Preparémonos, pues, para una muerte dichosa, cual es la muerte de los justos; para aquella muerte que hizo eternamente bienaventurada á María obrando el Señor en ese solemne acto cosas maravillosas, que tambien obrará con nosotros si dignamente nos disponemos por la penitencia á morir para ver en el cielo á nuestro Dios, y adorarle con nuestra bendita Madre por toda la eternidad: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Ayudadnos, oh Virgen sacratísima, excelsa Madre de Dios, en esta obra la primera y mas necesaria de nuestra vida, porque de ella depende nuestra eterna salvacion. Sostenednos con vuestra proteccion en la senda del bien; haced que por los méritos de vuestra santa muerte, sea santa tambien la nuestra, y en aquella hora suprema recibid como vuestras nuestras almas para presentarlas á vuestro Hijo divino que ha de juzgarlas; y por vuestra intercesion merezcamos el perdon y la gloria del cielo que dura por los siglos de los siglos. Amen.